

# Trayectoria del «Jazz»

Por Néstor R. Ortiz Oderigo

El lugar del nacimiento del *jazz* fué, durante largo tiempo, discutido acaloradamente. Muchas fueron las ciudades norteamericanas que se disputaron el honor de ser su cuna. Pero hoy no cabe la menor duda de que en Nueva Orleans emitió su primer vagido. Y sobran los fundamentos que sustentan esta conclusión. Pues allí se mancomunaron una serie de factores económicos y sociales estrechamente vinculados con la germinación de esta joven modalidad artística.

En primer término, en la bella ciudad de Luisiana la tradición africana se conservó muy arraigada, particularmente en las célebres fiestas de la plaza Congo, hoy llamada Beauregard, en honor de modelos jefes de las fuerzas confederadas durante la guerra civil. En segundo lugar, Nueva Orleans se caracterizó por el crecido número de bandas de negros que actuaban en desfiles callejeros efectuados en conmemoración de festividades como el «día de Jackson», en bailes populares, en picnics, en la celebración del famoso Mardi Gras (el carnaval negro) y, sobre todo, en los entretros afroamericanos. Pues era costumbre que, cuando fallecía un miembro de la colectividad de color, una banda lo acompañara hasta su última morada; mientras el cortejo marchaba pausadamente hacia el cementerio, los músicos vertían un lento *blues*, tránsito de pesar, o melodías tradicionales como *Más cerca de Ti, mi Dios*. Pero, efectuado el sepelio, el cortejo emprendía regreso en viejos carros, en tanto que la banda ejecutaba melodías vivaces, muy sincopadas, abandonándose a la improvisación más libre y acalorada; es decir, *jazzeando* a gusto y sin restricciones.

Por último, Nueva Orleans, ciudad a la que concurrían los millonarios de las cuatro esquinas del mundo, con el objeto de divertirse en los famosos bailes de las cuarteronas (quadron balls), ha sido considerada siempre como la «ciudad del pecado», la «Shanghai o la Marsella de los Estados Unidos», pues allí reinaba la diversión y el bullicio, y proliferaban los cafetines, las cantinas y los prostibulos de la más variada especie. La vida alegre y despreocupada, y los numerosos sitios de esparcimiento de la ciudad fundada por Bienville, suministraron el fondo espiritual y económico que el *jazz* necesitaba para proyectarse sobre la vida norteamericana.

Cuando los vecinos más recatados de la pintoresca urbe estadounidense alzaron su voz contra tal estado de cosas, se dictó una resolución por la cual restringíase a un barrio determinado el ejercicio de la prostitución. Fué así como nació el bullicioso barrio de Storyville, bautizado en esta forma en honor del regidor que lo creó, y que en la película «Nueva Orleans», recientemente estrenada en Buenos Aires, aparece pintado con timidez.

Las bandas de negros comenzaron a actuar cada vez con mayor frecuencia en Storyville. Los músicos que las integraban no eran cultos ejecutantes egresados de conservatorios. Eran instrumentistas autodidactos, dominados por el don y el fervor de la improvisación. Una partitura musical era para ellos como un texto en griego. Pero se

abandonaban a la creación espontánea. Y en este terreno no tenían ni poseen rivales. Sobre el cañamazo armónico de un *blues*, trazaban las improvisaciones más sabrosas y atrevidas, más homogéneas y originales, sólidamente sustentados por instrumentos rítmicos.

Era el nacimiento de lo que se ha dado en llamar «escuela de Nueva Orleans», en la que tres instrumentos melódicos —corneta, trombón, clarinete— improvisan juntos, sobre el persistente y flúido ritmo suministrado por la sección rítmica: contrabajo, banjo o guitarra y percusión.

Como hemos expresado, esos conjuntos actuaban en carros y en sitios abiertos, de manera que, por razones bien comprensibles, eliminaban el piano de su instrumental. Contrariamente a la creencia muy divulgada, tampoco empleaban saxófonos, pues las orquestas de Nueva Orleans lograron plena expresión sirviéndose tan sólo de los instrumentos enumerados más arriba.

Pero los pianistas hallaban ocupación en las «mansiones del pecado», en los prostibulos del barrio de Storyville, cuyas *madames* buscaban siempre la mejor manera de entretener a sus clientes. Tony Jackson, Jelly Roll Morton, Richard M. Jones, Clarence y Spencer Williams, actuaron en esas «casas de mala fama», tales como la famosa *Mahogany Hall*, de Lulu White, situada en el 235 de la alegre calle Basin, cantada en el célebre *Basin Street Blues*.

Es muy posible que hayan actuado muchos conjuntos y artistas anónimos en el campo del *jazz*, antes de que se anotara en las páginas de la historia de la música sincopada el nombre del legendarío cornetista Buddy Bolden, quien pasa por ser la primera figura de importancia en el reino de la «nueva música». Dueño de una peluquería en la calle Franklin, de Nueva Orleans, y director de un periódico sensacionalista, las dotes de improvisador de este artista han pasado ya a la leyenda, según la cual su poderosa y brillante corneta se podía oír a varias millas de distancia... Su actuación más destacada se ubica entre las últimas décadas de la pasada centuria y el primer quinquenio del siglo que corre. En su orquesta formó un moreno de raras dotes de creador y que hoy continúa trabajando en la órbita del *jazz*, a pesar de sus buenos sesenta y ocho años y sus dientes postizos: Bunk Johnson.

Una orquesta sucedió luego a la otra, un «rey del *jazz*» a otro. Entretanto, los blancos no tardaron en imitar a los negros. En esta forma nació la llamada «escuela de Dixieland», cuyos primeros exponentes fueron Jack «Papa» Laine, Tom Brown y «Nick» LaRocca, director este último de la célebre *Original Dixieland Jazz Band* y creador, o adaptador, del famosísimo *Tiger Rag*, traducido caprichosamente como *Paso del tigre* y escuchado en los cinco continentes.

Pronto, el *jazz* remontó el agitado Misisipi y sus tributarios, a bordo de los pintorescos vaporcitos de ruedas y llegó a todas las ciudades bañadas por las cálidas aguas del río descubierto por De Soto.

(Terminará en el próximo número)